

***EL OLVIDO QUE SEREMOS (2006)*
DE HÉCTOR ABAD FACIOLINCE:
PODER Y ESCRITURA
EN EL MARCO DE LA CIUDAD**

Alexandra Alba

Universidad de Los Andes, Táchira

alexandraalbak@gmail.com

Recibido: 28-01-2018

Aprobado: 15-05-2018

RESUMEN

La ciudad latinoamericana se configura como un espacio que refleja los imaginarios de la modernidad y las fuertes tensiones ideológicas que los traspasan. Tal complejidad puede ser abordada desde los diversos discursos que se tejen en las heterogéneas zonas que componen la ciudad. Dentro de dichos discursos se inserta gran parte de la literatura del continente, logrando materializar a través de la palabra las diferentes redes culturales que conforman, de cierta manera, las identidades de los individuos que habitan las urbes latinoamericanas. *El olvido que seremos* (2006), del escritor colombiano Héctor Abad Faciolince, es una obra que permite entender el cruce de imaginarios que subsisten en la ciudad y cómo estos se articulan con una historia individual. Por otra parte, el espacio de la ciudad también parece instaurarse como arena ideológica al producir zonas ambiguas, en las que se hace posible el escamoteo a las prácticas hegemónicas, pues en estas se materializan experiencias sociales que resaltan la relación entre lo privado y lo público, configurando micropoderes idóneos para alterar el orden establecido. Se pretende entonces analizar en *El olvido que seremos* (2006) las estrategias utilizadas para representar las relaciones de

poder que se producen en el marco de la ciudad y cómo la escritura actúa como herramienta para confirmar experiencias que descentran los poderes dominantes y sus discursos.

Palabras clave: ciudad, poder, escritura, Héctor Abad Faciolince, literatura colombiana.

EL OLVIDO QUE SEREMOS (2006)
BY HÉCTOR ABAD FACIOLINCE:
POWER AND WRITING
IN THE CITY FRAME

ABSTRACT

The Latin American city is configured as a space that reflects the imaginaries of modernity and the strong ideological tensions that transcend them. Such complexity can be approached from the different discourses woven in the heterogeneous zones that make up cities. Within these discourses a great part of the continental literature is inserted, managing to materialize through words the different cultural networks that in some way shape the identities of the individuals in the Latin American cities. *El olvido que seremos* (2006) by the Colombian writer Héctor Abad Faciolince is a work that allows us to understand the intersection of imaginaries existing in the city and how they are articulated to an individual story. On the other hand, the city space also seems to establish itself as an ideological arena by producing ambiguous zones, in which it is possible to dodge the hegemonic practices, since those zones materialize social experiences that highlight the relationship between the private and public life, configuring micro-powers suitable to alter the established order. The aim is then to analyze in *El olvido que seremos* the strategies used to represent power relations that take place within

the city frame, and how writing is a tool to confirm experiences that knock the dominant powers and their speeches off center.

Keywords: city, power, writing, Héctor Abad Faciolince, Colombian literature.

EL OLVIDO QUE SEREMOS (2006)
DE HÉCTOR ABAD FACIOLINCE:
LE POUVOIR ET L'ÉCRITURE
DANS LE CADRE DE LA CITÉ

RÉSUMÉ

La ville latino-américaine est configurée comme un espace qui reflète les imaginaires de la modernité et les grandes tensions idéologiques qui les transcendent. Une telle complexité peut être abordée à partir des différents discours tissés dans les zones hétérogènes qui composent la ville. Une grande partie de la littérature sur le continent est insérée dans ces discours, et grâce aux mots elle réussit à matérialiser des différents réseaux culturels qui forment, en quelque sorte, l'identité des personnes qui habitent les villes d'Amérique latine. *El olvido que seremos* (2006) de l'écrivain colombien Héctor Abad Faciolince est une œuvre qui nous permet de comprendre l'intersection des imaginaires restant dans la ville, et comment ceux-ci s'articulent avec une histoire individuelle. De plus, l'espace de la ville semble également établi comme une arène idéologique en produisant des zones ambiguës, où il est rendu possible d'esquiver les pratiques hégémoniques, parce que c'est dans ces zones que des expériences sociales sont matérialisées, lesquelles mettent en évidence la relation entre la vie privée et la vie publique, en configurant des micro-pouvoirs appropriés pour modifier l'ordre établi. On essaie donc d'analyser dans *El olvido que seremos* les stratégies utilisées

pour représenter les relations de pouvoir qui se produisent dans le cadre de la ville, et comment l'écriture agit comme un outil pour confirmer les expériences qui décentrent les pouvoirs dominants et leurs discours.

Mots-clés: ville, pouvoir, écriture, Héctor Abad Faciolince, littérature colombienne.

*Se ignora que el valor es virtud de los pacíficos
—nunca de los matones—, y que a última hora
las guerras las ganan siempre los hombres de paz,
nunca los jaleadores de la guerra.
Solo es valiente quien puede permitirse el lujo
de la animalidad que se llama amor al prójimo,
y es lo específicamente humano*
Antonio Machado

*De mi papá aprendí algo que los asesinos no saben hacer:
a poner en palabras la verdad para que esta dure más que su mentira.*
Héctor Abad Faciolince

Se escribe para vencer el olvido, se escribe para postergar la inevitable aniquilación de un pasado que tarde o temprano será borrado por el tiempo. Héctor Abad Faciolince (1958), escritor de *El olvido que seremos* (2006), construye un discurso que funciona como un sortilegio en contra del olvido y, por tanto, en contra del silencio. La palabra revive, reproduce un pasado que por hermoso o por terrible y devastador no merece y no debe caer en la aniquilación. La palabra se erige en esta obra como única arma posible ante la injusticia perpetrada contra el padre del autor, y el texto se configura como objeto cultural que, en cuanto tal, está atravesado por la red de discursos que sostienen las instituciones dominantes en la sociedad colombiana del momento.

Héctor Abad Faciolince, periodista y traductor, nacido en la ciudad de Medellín, ha desarrollado una obra bastante particular que abarca la novela, el cuento, el libro de viajes y otros textos en prosa

narrativa de difícil clasificación, como es el caso de *Tratado de culinaria para mujeres tristes* (1996), *Traiciones de la memoria* (2009) y *El olvido que seremos*.

Ciertamente, *El olvido que seremos* es un texto de género ambiguo: bien podría leerse como novela testimonial, crónica confesional o biografía-autobiografía. Tal ambigüedad le aporta una cuota de belleza adicional, pues el desvanecimiento de las fronteras entre estos géneros le proporciona libertad al lector para acceder al texto desde el punto de vista que más le convenga. Obra inclasificable, tal vez, por la densidad de emociones, circunstancias y acontecimientos que maneja y que marcaron un país, una ciudad, una familia y un individuo particular: el autor mismo, quien logra escribir desde el yo, es decir, desde el dolor y desde una apreciación muy personal de los hechos. La producción del relato surge, entonces, como una confesión justificada, como necesidad vital: “mi vida y mi oficio carecerían de sentido si no escribiera esto que siento que tengo que escribir, y que en casi veinte años de intentos no había sido capaz de escribir, hasta ahora” (Abad Faciolince, 2006, p. 232).

Además, se puede agregar que la obra es de difícil clasificación porque su contenido así lo exige. La forma se abre ante el cúmulo de aristas temáticas que toca y, sobre todo, porque el *locus* de enunciación está penetrado por la subjetividad; el sujeto que enuncia el discurso se hace presente de forma consciente y constante.

Al mismo tiempo, deja vacíos para ser llenados por el lector, le siembra dudas no solo ante ciertos acontecimientos, sino también ante la propia naturaleza de la obra: ¿Hasta dónde el referente es tocado por la ficción? ¿Se enmascara el yo narrador? ¿Hasta qué punto nos habla de sí mismo y de un país desde la enorme figura del padre? Todas estas interrogantes y muchas más quedan detrás de la conmovedora historia de una familia colombiana afectada por el asesinato del progenitor.

En la calle Argentina de la ciudad de Medellín, el 25 de agosto de 1987, alrededor de las seis de la tarde, cae acribillado Héctor Abad Gómez, destacado médico, profesor de la Universidad de Antioquia, defensor de los derechos humanos. Dos sicarios vacían seis balas en su cuerpo para silenciar sus denuncias. Veinte años después, su hijo, Héctor Abad Faciolince, publica una obra que, a través de una prosa cercana, pulcra y de gran belleza, reconstruye el pasado de su familia, la cual encarna el pulso político de todo un país y refleja las tensiones ideológicas que lo han llevado a ser uno de los lugares más violentos del continente americano.

Es así como Abad Faciolince centra su narración, principalmente, en dos personajes, dos seres humanos retratados desde la experiencia vital: una voz en primera persona, identificada con el propio autor, el cual nombra al otro —el padre— para rescatarlo del paso incinerante del olvido y, a la vez, para reconocerse con ansias en su figura. El narrador se nombra a sí mismo para salvarse de un escepticismo visceral y ejercer, si se quiere, un pronunciamiento contestatario ante la injusticia:

[...] es posible que todo esto no sirva de nada; ninguna palabra podrá resucitarlo, la historia de su vida y de su muerte no le dará nuevo aliento a sus huesos, no va a recuperar sus carcajadas, ni su inmenso valor, ni el habla convincente y vigorosa, pero de todas formas yo necesito contarla. Sus asesinos siguen libres, cada día son más y más poderosos, y mis manos no pueden combatirlos. Solamente mis dedos, hundiendo una tecla tras otra, pueden decir la verdad y declarar la injusticia. Uso su misma arma: las palabras. ¿Para qué? Para nada; o para lo más simple y esencial: para que se sepa. Para alargar su recuerdo un poco más, antes de que llegue el olvido definitivo (Abad Faciolince, 2006, p. 255).

Al mismo tiempo, el autor-narrador ejerce un acto de catarsis a través de su discurso para narrar el proceso hacia la aceptación de su realidad y hacia la redención de la culpa que ha asumido como propia ante la impunidad del asesinato de su padre. En ese transcurrir reflejado en el texto también es transformado el lector. Lo transforma porque, a pesar de los enmascaramientos y silencios que se filtran en el texto, lo que predomina es la autenticidad de los afectos, hecho que involucra al lector de forma visceral, pues produce un cruce de subjetividades capaz de crear puntos de contacto entre la vida de quien escribe y la vida de quien lee:

[...] Y si mis recuerdos entran en armonía con algunos de ustedes, y si lo que yo he sentido (y dejaré de sentir) es comprensible e identificable con algo que ustedes también sienten o han sentido, entonces este olvido que seremos puede postergarse por un instante más (Abad Faciolince, 2006, p. 274).

Lo anterior parece confirmar que la voz en primera persona busca encontrarse con el lector desde el tratamiento de lo íntimo, plano en el que se hacen reconocibles las similitudes entre los individuos. Además, el establecimiento tácito del *pacto referencial*, el cual supone que el texto es un correlato de la realidad y que, por tanto, es confrontable con hechos verídicos (Lejeune, 1994), reforzará la relación narrador-lector y, a su vez, será alimentada por los paratextos que la acompañan: el epígrafe, la fotografía de la cubierta, los comentarios del propio autor sobre la obra en publicaciones periódicas, y de otras figuras reconocidas en torno a ella, así como también con dos de los textos que aparecen en *Traiciones de la memoria* y que aclaran y amplían parte de los hechos de *El olvido que seremos*.

En el mismo orden de ideas cabe destacar que la importancia de la primera persona, en este caso, viene dada por la relación con-

testataria que esta entabla con el poder. En otras palabras, la palabra aquí se constituye como arma capaz de deconstruir los discursos que sustentan el poder, aunque no desde lo jurídico, sino desde los afectos, la memoria, lo cotidiano y las diversas redes de subjetividades que los componen. La red de poderes que parte de instituciones como el Estado y la Iglesia se extiende en todas las direcciones y se materializa en el cuerpo social invadiendo los diversos planos en los que actúa el individuo, es decir, en lo social, lo familiar y lo personal. Dicha situación se presencia en diferentes escenas que reflejan el alcance del poder en el seno de lo íntimo; por ejemplo, se puede observar en las reacciones del narrador ante el exilio temporal al que se debe someter su padre para apaciguar las distintas presiones que ejercen sobre él las autoridades universitarias:

Recuerdo que los primeros días, cuando él se marchó para uno de esos viajes, tal vez el primero, de más de seis meses, y que para mí era casi lo mismo que una muerte, yo le rogaba a mi mamá que me dejara dormir en la cama de él, y les pedía a las muchachas que no cambiaran las sábanas ni las fundas de las almohadas, para poder dormirme, sintiendo todavía el olor de mi papá (Abad Faciolince, 2006, p. 98).

La fuerza de los poderes hegemónicos recae, definitivamente, no sólo sobre el nivel familiar y sus prácticas, sino también sobre el cuerpo, al punto de regularlo de diferentes modos, ya sea como cuerpo disminuido, recluso, exiliado, desaparecido, torturado o eliminado. De manera que el control se despliega desde las ideologías dominantes y sus discursos, las cuales configuran la naturaleza del estado-nación y llegan hasta el ser individual afectando su devenir y su misma identidad, produciendo nuevas subjetividades en torno a su propia materialidad y que, paradójicamente, pueden activar diver-

sas réplicas ante dichos poderes. Tal es el caso de la expresión física del afecto entre padre e hijo.

De manera que, en *El olvido que seremos*, Héctor Abad Faciolince logra el encuentro entre la Historia y la búsqueda personal, justamente, porque allí se pueden deconstruir los discursos que proclaman verdades únicas y lo que estos callan en función de dichas verdades. Para lograrlo, el autor utiliza la estrategia de situar la narración en lugares exactos de la ciudad de Medellín que sustentan la veracidad de los hechos y los conectan con su imaginario íntimo, revelando así los mecanismos de poder asentados en los imaginarios urbanos.

La ciudad figura, entonces, como un marco de referencia que ubica a los personajes en espacios concretos que los determinan, ligándolos a las circunstancias históricas y sociales de la época, es decir, a las redes de poder que se encuentran activas para el momento. Se puede afirmar que la relación espacio-tiempo es imprescindible en la narración, pues delimita totalmente los hechos y el modo de actuar de los personajes; en otras palabras, el cronotopo de la ciudad es central en la obra, ya que actúa como “el lugar en que los nudos de la narración se atan y se desatan. Puede decirse sin ambages que a ellos pertenece el sentido que da forma a la narración [...]. El tiempo se vuelve efectivamente palpable y visible” (Bajtín, 1989, p. 238). Precisamente, en la ciudad de Medellín, a finales de los años ochenta, se inicia el período más violento registrado, que llega, a principios de los noventa, al pico más alto de homicidios: más de 6.600 homicidios en 1991 (Moreno Bedoya, 2003, p. 216). Esas circunstancias dadas en un lugar y en un momento dados penetran el modo de vida de los sujetos, alterando su modo de estar en el mundo. Precisamente, ese fenómeno se experimenta en *El olvido que seremos*, pues es la violencia el eje que ha impulsado gran parte de los hechos que ahí se refieren.

Sin embargo, el espacio de la ciudad también proporciona zonas en las que se hace posible el escamoteo a las prácticas instauradas; dicho de otra manera, toda forma de poder contiene grietas a través de las cuales se filtran discursos y prácticas contestatarias que intentan desequilibrar su hegemonía. Tales grietas se hacen más visibles en los microespacios constituidos dentro del marco de la ciudad: en ellos se materializan experiencias sociales que demuestran la relación entre lo privado y lo público, evidenciando ciertas reacciones contestatarias capaces de alterar el orden establecido por los poderes dominantes.

Estos lugares bien pueden ser la casa, el patio de recreo de la escuela, el atrio de la iglesia, el callejón, etc. En estos microespacios, el sujeto puede actuar al margen de ciertas prácticas establecidas que, aunque estén presentes, allí son más maleables. Así se observa en una escena de la infancia del narrador, en la cual se presencia cómo queda arropado su género por la preeminencia de lo femenino; claro está, en el marco íntimo del hogar:

Mi mamá nos había advertido muchas veces:

— ¡Niñas!

Mi mamá decía siempre “niñas” porque las niñas eran más y entonces esa regla gramatical (un hombre entre mil mujeres convierte todo al género masculino) para ella no contaba [...].

Tan confundido tenía yo el género gramatical, o tan confusa mi identidad que la primera vez en la vida que conseguí peinarme, con el partido muy recto al lado derecho (el lado equivocado), les pregunté a mis hermanas:

— ¿Quedé bien peinadita?

(Abad Faciolince, 2006, pp. 14-15).

Algo semejante se puede producir en los diversos microespacios dispersos a lo largo y ancho de la ciudad, sobre todo en sus periferias. Dichas digresiones ejercidas por los sujetos que habitan la ciudad se constituyen como elementos móviles que aparecen y desaparecen al margen de las ideologías dominantes que persisten hasta en los espacios más ínfimos. Por esto, el sujeto que se desplaza por la urbe tiene la posibilidad de establecer cierto intercambio de imaginarios con los microespacios alternos que puedan surgir en su recorrido.

Al mismo tiempo, la actuación del sujeto instalado en la ciudad, en torno al desplazamiento, es múltiple, ya que puede ser de carácter libre (paseos o merodeos sin objetivo práctico) o de carácter impuesto, muchas veces, por las fuerzas organizadoras de la vida social, como el trabajo, el estudio, las diligencias de diversos tipos, etc. Indudablemente, ese movimiento opera en la configuración de su propia representación de la ciudad y de sí mismo como parte de ella. En consonancia con lo anterior, en el mapa de la ciudad, el sujeto que transita por ella no solo experimenta físicamente los objetos que componen la urbe, sino que también, a través de dichos recorridos, interactúa con variedad de sujetos y los imaginarios que los acompañan, situación que incorpora a la experiencia material una experiencia colectiva que habilita la formación de identidades, ya sea por identificación con el otro o por contraste. García Canclini (2010) destaca la idea de ciudad no solo como lugar para ser habitado, sino también como lugar para ser imaginado, al permitir la interacción continua entre los individuos con distintos modos de vida o circunstancias sociales dispares:

No sólo hacemos la experiencia física de la ciudad, no sólo la recorremos y sentimos en nuestros cuerpos lo que significa caminar tanto tiempo o ir parado en el ómnibus, o estar bajo la lluvia hasta encontrar un taxi,

sino que imaginamos mientras viajamos, construimos suposiciones sobre lo que vemos, sobre quienes se nos cruzan, las zonas de la ciudad que desconocemos y tenemos que atravesar para llegar a otro destino, en suma, qué nos pasa con los otros en la ciudad (p. 90).

En *El olvido que seremos* se puede evidenciar la importancia que poseen los desplazamientos a través de la ciudad en los dos personajes medulares, el padre narrado y el narrador-hijo, pues se concentran, en esos movimientos, momentos cruciales dentro de la narración, reactivando el cronotopo de la ciudad latinoamericana y lo que este incluye: encuentros, desencuentros, pérdidas, reconocimientos y transformaciones socio-políticas e individuales. La experiencia de transitar la ciudad implica el reconocerse parte de un espacio en el que confluyen diversas fuerzas, ya sea conciliadas con el poder, paralelas o contrarias. Lo anterior se puede entender, claramente, en dos momentos de la obra: el primero, una situación vivida por el narrador en su infancia al enfrentarse por primera vez a la geografía de Medellín:

El colegio de las Hermanas de la Presentación, donde hacía el kínder, quedaba en el centro, por Ayacucho, cerca de la iglesia de San José, donde hoy está el Comando de la Policía. Me fui hasta la Avenida 33, por la carrera 78, donde nosotros vivíamos, y empecé mi camino hacia el centro, con una vaga idea de la dirección. Al cruzar la glorieta de Bulerías los carros me pitaban y casi me atropella un taxi, que me evitó con un frenazo que hizo chirriar las llantas. Yo iba sudando, con mi maletín de cuero colgado del hombro, caminando lo más rápido que podía, por el borde de la calle. Bulerías había sido un escollo casi insalvable, pero lo había superado y seguí adelante, hacia el río,

por donde me parecía que pasaba el bus. Cuando iba cruzando el puente sobre el río Medellín, al lado del Cerro Nutibara, paré un momento a descansar y a mirar la corriente, por entre los tubos de protección. Ése era el río al que yo pensaba tirarme si mi papá se moría, y nunca lo había visto tan de cerca, tan sucio, tan ominoso [...]. Esa tarde, después de que el señor Botero le puso la queja de lo sucedido a mi mamá, recibí un largo regaño de parte de ella [...]. Al cruzar el río, me advirtió, hubieras llegado a Barrio Triste y ahí te habrías perdido sin remedio y si no fuera por René Botero, un vecino de por la casa, no estarías contando el cuento (Abad Faciolince, 2006, p. 31).

Este primer encuentro del niño con la ciudad demuestra una interacción con los objetos mediada por los imaginarios ligados a la ciudad; por ejemplo, como lugar del miedo al otro, como terreno del desamparo o como mapa del caos. Además, expresa la disposición jerarquizada de la ciudad latinoamericana, compuesta según esquemas de poder configurados desde su génesis. Tal como lo explica Ángel Rama (1984), existió un proyecto racional creado por el pensamiento renacentista para organizar la fundación de la ciudad como un reflejo de los esquemas de poder imperantes que aún hoy son visibles: “Las regirá una razón ordenadora que se revela en un orden social jerárquico transpuesto a un orden distributivo geométrico [...] permitiendo que leamos la sociedad al leer el plano de una ciudad” (p. 19).

Ciertamente, el tránsito del niño por Medellín y las reacciones de quienes lo rodean ante la situación indican que existe un orden jerárquico establecido y que hay zonas de riesgo para un niño que forma parte de una clase social privilegiada, su paso por estos lugares constituye una transgresión.

El segundo momento en la obra que resalta los desplazamientos por la ciudad y el encuentro con sus imaginarios es el trayecto

que realiza el padre Héctor Abad a lo largo del día que le traerá la muerte. Durante el día, el personaje va enfrentándose a las diversas manifestaciones de violencia que azotan la ciudad, reconociendo, en esos encuentros con el cuerpo social, las fuerzas subyugadoras de los discursos dominantes que buscan, a través de diversas estrategias, instalar el silencio y el olvido ante la violación continua de los derechos de quienes actúan como dispositivos contestatarios. La ciudad sigue su curso, silenciosa ante la ola de violencia que la aborda. Ante ese panorama, el personaje principal se indigna, pues reconoce cómo queda arropada la ciudad real por la ciudad dominada, por la ciudad silente, inducida a fijar su atención en entretenimientos que la aíslan de la realidad:

Al mediodía de ese martes, cuenta mi mamá, volviendo juntos de la oficina, mi papá quiso oír las noticias sobre el crimen de Luis Felipe Vélez, pero en todas las emisoras de radio no hablaban de otra cosa que de fútbol. Para mi papá el exceso de noticias deportivas era el nuevo opio del pueblo, lo que lo mantenía adormecido, sin nociones de lo que de verdad ocurría en la realidad, y así lo había escrito varias veces. Estando con mi mamá, le dio un puñetazo al volante y comentó con rabia: «La ciudad se desbarata, pero aquí no hablan sino de fútbol». Dice mi mamá que ese día estaba alterado, con una mezcla de rabia y tristeza, casi en el borde de la desesperanza (Abad Faciolince, 2006, p. 238).

La ciudad silenciosa acentúa la cadena de exclusiones y el asentamiento de “verdades” únicas; es esa actuación la que particulariza el conflicto armado en Colombia, pues ciertos grupos de ciudadanos, sobre todo los de las clases medias y medias altas, parecen

estar al margen de una realidad que se hace más cruenta en las periferias de la ciudad y del país. Aunado a esto, los hechos violentos y sus consecuencias son mediados por las instituciones para alimentar ciertas tendencias ideológicas concentradas en los estratos dominantes, siendo a su vez reafirmados por la Iglesia.

Se puede decir que la ciudad colombiana, a pesar de las huellas contundentes de las desigualdades que en ella se registran, revela en ciertos círculos una actitud casi evasiva ante la realidad. La ciudad presencia en silencio el derramamiento de sangre, tal vez oprimida por el miedo y el desconocimiento de la verdadera naturaleza de algunos de los protagonistas, así como de los vínculos de estos con el poder. Justamente, durante la última fase de la vida del padre del narrador es cuando empieza a intensificarse el conflicto en el marco de la ciudad:

Tras la crisis de violencia armada que ha venido padeciendo la ciudad, con particular intensidad desde mediados del decenio del 80, existe sin duda una gama de agentes y fuerzas movilizadoras accionadas por intereses múltiples. Muchos de tales agentes son particularmente oscuros e inabordables: nos referimos sobre todo a grupos de aparición espontánea –escuadrones de la muerte– y ciertos ejércitos privados al servicio de particulares. La violencia en Medellín se caracteriza por dos rasgos fundamentales: es supremamente compleja y a la vez impacta de gran manera en términos de vida, de agresión y de convivencia
(Moreno Bedoya, 2003, p. 215).

La complejidad señalada proviene de la cantidad de aristas que participan, cada una con sus particularidades ideológicas, en una

guerra no declarada que ha dejado tras de sí muerte, dolor y descomposición social. En este juego de poderes paralelos, amparados a la sombra de la ambigüedad y de intereses económicos diversos, se instaura la acción del padre como figura o, si se quiere, como *locus* de desestabilización de aquellos poderes dominantes. A lo largo de su vida, Héctor Abad padre había llevado a cabo diversas acciones relacionadas con la vida de la ciudad y la mejora de sus condiciones de vida, actuando, muchas veces, desde espacios ligados a instituciones cercanas a los círculos de poder. Este personaje se mueve en el espacio de la ciudad, lo reconoce y lo asume como campo de batalla ideológica.

Finalmente, es en su desplazamiento por la urbe donde el personaje es alcanzado por la muerte y es allí donde se produce la invalidación de sus actividades, cada vez más comprometidas con las denuncias por la violación de los derechos humanos. De modo que la presencia de la ciudad es crucial en la narración sobre el asesinato del padre del narrador:

Mi papá, Leonardo y la señora caminaron por la carrera Chile hasta la calle Argentina y ahí doblaron hacia arriba, a la izquierda, por la acera del costado norte. Llegaron a la esquina de El Palo y la atravesaron. Siguieron subiendo hacia Girardot. Pasaron Girardot y en la esquina siguiente tocaron a la puerta de Adida (Asociación de Institutores de Antioquia), el sindicato de maestros. Les abrieron y se formó un pequeño corrillo en la puerta pues otros maestros estaban llegando también en ese momento, a informarse. Hacía más de dos horas que se habían llevado el cuerpo de Luis Felipe Vélez para una capilla ardiente y una manifestación de protesta que se le haría en el Coliseo [...]. Dice uno de los testigos que una moto con dos jóvenes subió por la calle

Argentina, primero despacio, y después muy rápido. Los tipos estaban recién peluqueados, dijo alguien más, con el pelo al rape típico de la milicia y de algunos sicarios [...] (Abad Faciolince, 2006, p. 242).

Los últimos minutos de Héctor Abad padre se producen en la esfera pública y ante los ojos de los transeúntes, cerca de su oficina y la de su esposa, casi en presencia de algunos de sus seres más queridos. El movimiento final de esta persona es narrado desde la voz de su hijo y en esta narración se percata cómo se confunden la ciudad y su padre, al punto de hacer ver al lector la identidad de la una en el otro. En otras palabras, parte de la compleja identidad de Medellín parece reflejarse en la vida del personaje y en su muerte. Igualmente, la identidad del personaje está ligada por completo a su ciudad y al cruce de imaginarios, muchas veces contradictorios, que son característicos de las ciudades latinoamericanas con sus complejos entramados culturales híbridos.¹

La ciudad latinoamericana entendida como campo de batalla ideológica permite pensarla como espacio en el que se articulan diversos discursos en torno al poder y las formas en las que estos interactúan entre ellos, con respecto a un momento y un lugar determinado. Estas luchas ideológicas se mueven en un sistema de referencia del caos, la barroca ciudad latinoamericana (Rama, 1984), y se levantan sobre saberes establecidos históricamente desde la fundación de la ciudad que se expanden hasta la materialidad individual del momento. En palabras de Foucault (1976): “No existe relación de poder sin constitución correlativa de un campo de saber, ni de saber que no suponga y no constituya al mismo tiempo unas relaciones de poder” (p. 34). Uno de los campos de saber predominante dentro del imaginario colombiano es la Iglesia, la cual se presenta como

¹ Néstor García Canclini, en su libro *Culturas híbridas: Estrategias para entrar y salir de la modernidad* (1990), desarrolla la noción de hibridez, la cual implica un proceso de intersección y transacciones entre la tradición y la modernidad que en ciertas culturas se hace manifiesto.

participante esencial, de modo que las referidas correlaciones entre poder y los saberes que las sustentan se instalan con fuerza en los individuos desde su espiritualidad, funcionando como punto de referencia para alterar el poder o bien para mantenerlo. Todavía, en la segunda mitad del siglo XX, se conserva en una ciudad como Medellín la figura de la Iglesia como principio rector que se cruza con los actores del conflicto. Lo anterior se ejemplifica en la obra a través de los proyectos *macro* que organiza en conjunto la Iglesia y Estado en la ciudad, por supuesto, con fines de índole político:

Por el mismo período en que yo acompañaba a mi papá y al doctor Saunders a las visitas de trabajo social por los barrios más pobres de Medellín, La Gran Misión hizo su solemne y bulliciosa entrada a la ciudad. Ésta representaba otro estilo de trabajo social, de tipo piadoso; una especie de Reconquista Católica de América patrocinada por el caudillo de España, Generalísimo de los ejércitos y príncipe de la cristiandad, su excelencia Francisco Franco Bahamonde (Abad Faciolince, 2006, p. 64).

Del mismo modo, se pueden presenciar a lo largo de *El olvido que seremos* distintas escenas en las que se manifiesta la presencia de prácticas ligadas a la Iglesia y su participación en la conformación de la identidad de los individuos, hasta al punto de influir fuertemente en las decisiones que estos toman, tanto en la vida pública como en la vida privada. El narrador comenta, con respecto a lo anterior, lo siguiente: “Todo el que hiciera despertar y participar a los pobres era considerado un activista peligroso que ponía en riesgo el imperturbable orden de la Iglesia y de la sociedad” (Abad Faciolince, 2006, p. 68). La figura del padre viene a funcionar como un espacio cuestionador, que equilibra las fuerzas

religiosas que rodean al narrador-autor, pues las tensiones religiosas extremas que se cocinan en su familia, tanto paterna como materna, son bastante fuertes y ligadas con el poder eclesiástico. La infancia del narrador se encuentra marcada por lo religioso, pero el padre le proporcionará al hijo las herramientas intelectuales necesarias, aunque tal vez no suficientes, para escapar del control de forma total. El narrador se encuentra entre dos fuerzas: el pensamiento científico, progresista y liberal que profesa su padre, y el pensamiento católico, cerrado, apegado a la religiosidad exacerbada, represiva, clasista y cercana a ideas de pureza corporal y racial.

El niño realizará un desplazamiento por la ciudad para pasar de un lugar como el Gimnasio Los Alcázares, institución educativa asesorada por el Opus Dei,² espacio que representará para el niño la esfera pública, para pasar al mundo privado del hogar en el que la figura del padre le “ofrecerá antídotos caseros contra la educación escolar” (Abad Faciolince, 2005, p. 92); es decir, a las ideas impartidas por los curas les opondrá otras, tomadas de filósofos y científicos que contrastan fuertemente con lo recibido en clases. Sin embargo, se percibe que aun así existe en el narrador una lucha interior que hereda del padre y que revela parte de la idiosincrasia colombiana, sobre todo en una familia de clase media alta que posee nexos con instituciones de poder como la Universidad de Antioquia, el Opus Dei, el Gobierno o familiares ligados a la Iglesia como el arzobispo de Medellín.

En el mismo orden de ideas, se puede asegurar que el padre le enseña al narrador cómo lidiar y escapar del control ejercido por el poder sobre los individuos; por ello le incita a escribir, pues él conoce la fuerza subversiva que posee la palabra. La relación entre literatura y vida en la constitución misma de la obra es sumamente estrecha, pues la creación está ligada al vínculo afectivo entre el autor y su padre. Es el padre quien le proporciona al autor la seguridad requerida para la elección del oficio de escritor y es él mismo el objeto de la narración.

² Opus Dei es una institución perteneciente a la Iglesia católica. Fue fundada el 2 de octubre de 1928 por Josemaría Escrivá de Balaguer en España.

Como se ha mencionado, la escritura es el lugar en el que el yo narrativo puede ser libre, encontrarse con la imagen del padre; por tanto, es el espacio en el que se puede producir la conquista de la identidad propia, sostenida desde la armazón de los afectos y de la reconstrucción de un mundo en el cual se puede ejercer la recuperación de la memoria y el ejercicio de la justicia a través del vencimiento temporal del olvido. También en *El olvido que seremos*, Héctor Abad Faciolince trata de responderse a sí mismo la eterna y universal pregunta de “¿Quién soy?”. Para lograrlo construye un discurso desde el otro y sus circunstancias históricas: su padre, su familia, su ciudad, su país. Así que el ejercicio de la escritura como una práctica desmitificadora del poder se anuncia, en este caso, desde las subjetividades que atraviesan a los sujetos enalteciendo las razones que realmente mueven a los seres humanos a actuar, ya sea en la esfera íntima como en la esfera pública: los afectos.

En definitiva, el autor desarrolla, de forma bastante particular, un tema de gran densidad emocional y arquetipal, como lo es la relación entre un hijo y la figura de un padre extraordinario. Se confiesa sin pudor ante el lector como un reflejo de su padre y como dependiente de su recuerdo; con gran valentía le revela al lector el móvil más profundo que lo ha llevado a escribir una obra sumamente sincera:

Creo que el único motivo por el que he sido capaz de seguir escribiendo todos estos años, y de entregar mis escritos a la imprenta, es porque sé que mi papá hubiera gozado más que nadie al leer todas estas páginas más que no alcanzó a leer. Que no leerá nunca. Es una de las paradojas más tristes de mi vida: casi todo lo que he escrito lo he escrito para alguien que no puede leerme, y este mismo libro no es otra cosa que la carta a una sombra
(Abad Faciolince, 2006, p. 26).

La sombra del padre, el verdadero destinatario del texto, se materializa ante los ojos del lector para encarnar en su persona las luchas internas del autor y, en definitiva, de un país. Un amor profundo entre padre e hijo atraviesa la obra y se sobrepone ante la intolerancia, la injusticia, la muerte y el olvido.

REFERENCIAS

- Abad Faciolince, H. (2006). *El olvido que seremos*. Bogotá: Editorial Planeta.
- Bajtín, M. (1989). *Teoría y estética de la novela*. Traducción de Helena S. Kriúkova y Vicente Cazcarra. Madrid: Taurus.
- Foucault, M. (1976). *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Foucault, M. (2002). *Historia de la sexualidad: La voluntad del saber*. Buenos Aires: Ediciones Siglo XXI Editores.
- García Canclini, N. (2005). *Imaginario urbano*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Lejeune, P. (1994). *El pacto autobiográfico y otros estudios*. Madrid: Megazul-Endymion.
- Moreno Bedoya, R. (2003). "Conflicto y violencia urbana en Medellín desde la década del 90: algunas valoraciones". En *Violencias y conflictos urbanos: Un reto para las políticas públicas* (91-232). Medellín: Instituto Popular de Capacitación.
- Rama, A. (1998). *La ciudad letrada*. Montevideo: Arca.